

poder perdieron su elasticidad. No hubo ya regla ni seguridad en la magistratura, ni en la Hacienda, ni en los intereses de la vida privada, ni en ninguno de los ramos de la administracion. Aparecieron en las carreteras y alrededor de las grandes ciudades numerosas bandadas de malhechores, disfrazando sus crímenes con la máscara de la política, preguntando á los que tenían la desgracia de caer en sus manos si habían ó no prestado juramento de fidelidad á la república y acomodando á su vil interés la contestacion.

Para reprimir los excesos de tales bandidos fue preciso establecer guarniciones y tener varios cuerpos de caballería en continuo movimiento y ni aun así pudo conseguirse la represion por completo, pues la desorganizacion de la sociedad abortaba diariamente mas desórdenes que los que el gobierno republicano podia sofocar nó obstante la severa aplicacion de sus providencias.

No por eso desmayaron, á pesar de verse apremiados por tan graves peligros los jefes del parlamento republicano. Hallábanse dotados de la energía y obstinacion que en unos es inspirada por la fé y en otros por el egoísmo : sus mas nobles esperanzas y sus mas vulgares intereses, su honor y su vida estaban comprometidos en aquella empresa. Consagráronse por lo tanto á su desempeño con denuedo, pero prodigando ciegamente en su obsequio medios de naturaleza viciosa que solo sirven para retardar por algunos momentos la ruina de una causa.

Desde sus primeros pasos establecieron la tiranía política casi en sus últimos términos, pues decretaron que ninguna persona que durante la guerra civil se hubiese adherido á la causa del rey, ó se hubiese manifestado contraria al parlamento pudiera ser elegido diputado, ni ejercer empleo de ninguna importancia en el Estado. Esa misma inhabilitacion se estendió de allí á poco á todo cargo municipal, y hasta al simple derecho de votar en las elecciones : de esta manera quedaron de una vez todos los enemigos de la república reducidos á la condicion de ilotas, privados de todo derecho y de toda vida política en su misma patria.

Por de pronto no se exigió el juramento de fidelidad mas que á los funcionarios civiles y eclesiásticos y la negativa no traía mas consecuencia que la pérdida de sus empleos. El gran número de los que se negaban á prestarlo alarmó á los vencedores. Para dar satisfaccion á sus iras y para librarse al mismo tiempo de toda inquietud impusieron el juramento á todo ingles que pasara de diez y ocho años y el que no se aviniera á prestarlo quedaba privado de poder comparecer ante ningun tribunal á

defender sus derechos : de manera que la disidencia política producía la incapacidad civil.

Del modo mas arbitrario y repugnante se aplicaba tambien contra los vencidos el secuestro y la confiscacion de bienes, sin atender á principios fijos, consultando tan solo intereses del momento, la codicia de un enemigo poderoso, una circunstancia imprevista, ó listas nominales caprichosamente formadas, de manera que ninguno de los que podían creerse amenazados no podia saber con anticipacion ni con certeza cual era su situacion ni la suerte que le esperaba.

La prensa, la publicidad era la única arma que servía despues de acabada la guerra civil á los vencidos, realistas ó niveladores. De esta arma se valían con igual audacia que la que los vencedores habían empleado durante la lucha con el rey. Podían ciertamente creerse autorizados á usar de este derecho, puesto que el último censor de la monarquía, M. Mabbott, había hecho dimision de su empleo por no servir de instrumento á semejante abuso, y el primer sectario del consejo del Estado republicano, Milton había reclamado con toda elocuencia la libertad de imprenta como derecho esencial de un pueblo libre. El gobierno republicano no volvió á nombrar censor pero publicó una ley de imprenta capaz de satisfacer la mas suspicaz vigilancia. Solo á cuatro ciudades en toda Inglaterra, Lóndres, York, Oxford y Cambridge se concedió el privilegio de poder imprimir. Ningun diario ó escrito periódico pudo publicarse sin autorizacion del gobierno y finalmente los impresores quedaron sujetos á fianzas. No solo fue perseguido y castigado todo el que había tomado parte en alguna publicacion sediciosa, sino que hasta el mismo comprador incurria en una multa si no presentaba en el término de veinte y cuatro horas el escrito sedicioso al magistrado mas inmediato y le indicaba el peligro.

Una libertad por lo menos, la religiosa, podia al parecer prometerse mejorar de condicion bajo el sistema de la república. Los sectarios republicanos la habían, desde el principio, inscrito en sus banderas. No solo habían tenido necesidad de reclamarla para ellos mismos, sino que además la demandaban imperiosamente sus propios principios que rechazaban todo gobierno general y obligatorio de la iglesia y reconocían en cada congregacion aislada el derecho de gobernarse por sí misma. Mas ¿dónde no llegan nuestras tristes aberraciones? La inconsecuencia humana se desarrolla del todo en materias de conciencia y de fé precisamente allí donde es mas inticua y chocante. El mismo partido, los mismos

hombres que desde medio siglo atrás venian defendiendo con admirable constancia la causa de la libertad religiosa y que en esa libertad fundaban la base de la sociedad cristiana, cuando llegaron al poder negaron absolutamente toda libertad á tres numerosas clases de personas, á saber, á los católicos, á los episcopales y á los libres pensadores. La persecucion contra los católicos no tuvo limites: proscripcion absoluta de su fé y de su culto, para sus sacerdotes prision, destierros en masa y hasta pena de la vida y para los simples fieles incapacidades civiles y confiscaciones especiales. La iglesia protestante episcopal, arruinada y dispersada por el parlamento presbiteriano tuvo que lamentarse todavía de peor suerte bajo el parlamento republicano. Los sectarios tenian que satisfacer en ella sus venganzas y sus recelos: llegaron al estremo de prohibirles la practica de su liturgia y la asistencia de sus ministros hasta en lo interior de sus casas. Por lo tocante á los libres pensadores, no tan raros que lo que vulgarmente se cree en aquella época, procedió el parlamento republicano de manera que si encontraba alguna persona que por imprudencia, ó por aversion á toda hipocresía manifestaba francamente su opinion, en el acto era objeto de persecuciones que paraban en prision, pérdida de derechos civiles y destitucion de cualquier empleo. Los presbiterianos eran los únicos que como enemigos de los episcopales disfrutaban de cierta tolerancia, pero siempre limitada, precaria y con frecuencia turbada por las suspicacias y arrebatos de los sectarios á quienes por su organizacion eclesiástica y por sus ideas monárquicas disgustaban igualmente. En vano algunos hombres de espíritu generoso en el parlamento republicano trataron de poner limites á semejantes rigores: no tardaba su buena intencion en recibir dasengaños. No existió pues la libertad religiosa durante la república mas que para las sectas victoriosas que uniéndose estrechamente por sus afinidades políticas se olvidaban ó veian con tolerancia sus disensiones religiosas.

Semejante tiranía política tan estensa y tan dura no podia defenderse ni procurar su sostenimiento sin la tiranía judicial. El parlamento republicano la ejerció sin escrúpulo alguno. El proceso del rey, aquella monstruosa derogacion de todos los principios y de todos los elementos de la justicia sirvió de modelo para todos los procesos políticos.

Contra las sediciones de los soldados niveladores bastaba la ley marcial; mas cuando llegaba á estallar alguna insurreccion ó conspiracion realista se instituia en el acto un supremo tribunal de justicia, cuyos vocales eran nombrados por el mismo parlamento, y venia á ser como una

comision especial que se daba á sí misma reglas, y á los acusados garantías de la ley. Si se temia que las sesiones de semejante tribunal excitaran la cólera ó la compasion del pueblo, se prohibia absolutamente su publicacion. En casos dados servia no solo para fiscalizar la conducta de los hombres notables que se sometian á su jurisdiccion, sino hasta contra la multitud oscura que no hubiera sido posible hacer comparecer. Antes de proclamarse la república habian los marineros del Támesis presentado una peticion para que se hiciera la paz con el rey.

Despues de haber sido este ejecutado el parlamento remitió aquella peticion firmada al supremo tribunal que nuevamente acababa de instituirse para juzgar á cinco de los principales jefes realistas, con cuya conducta se conseguia llenar de terror á los pequeños al propio tiempo que se hacia caer la cabeza de los grandes. Algunas veces no se consideró como posible la institucion de esos supremos tribunales porque se temia que causaran demasiada emocion en el público ó por el demasiado aparato y lentitud de sus procedimientos.

En tales casos el parlamento republicano ejercia por sí mismo la justicia imponiendo por medio de una simple votacion enormes multas, la argolla, el destierro, ú otras penas capaces de abatir á un enemigo obstinado, ó alhagar las pasiones y encubrir las faltas de alguno de sus corifeos. Si no habia ningun medio de perseguir y condenar judicialmente á los hombres que inspiraban temor, á los reformadores políticos que los republicanos no habian podido vencer sino espulsándolos del parlamento, se empleaba contra ellos la detencion arbitraria, y se procuraba dispersarlos confinándolos en prisiones distantes.

Desde Lóndres se hacian proscripciones en masa de realistas, de católicos, de aventureros, y de todos los que inspiraban sospechas. Mas si algun escritor no afecto á la república en vez de conspirar en secreto denunciaba estrepitosamente al país por medio de la prensa las tropelias reales ó supuestas de los republicanos, no tardaba en ser conducido y encerrado en la torre, donde permanecia y tal vez llegaba á morir antes de que se concluyera su causa.

Tanta opresion en el seno de tamaña anarquía era al parecer tanto mas odiosa é intolerable por dimanar de unos hombres que tanto habian exigido del rey en materia de libertad y tanto habian prometido ellos mismos, hombres, cuya mayor parte acababan de salir de aquellas condiciones ignoradas y oscuras en que el pueblo no está acostumbrado á reconocer y respetar el poder supremo, y que para el mando que ejer-

cian tan violentamente no tenían mas títulos que su mérito personal, título dudoso cuando no es superior á toda comparacion, y la fuerza material de que dispónian, título que ofende y enajena á los mismos que se someten á él, si anteriormente el vencedor no los ha envilecido y postrado por completo.

A pesar de la duplicada embriaguez del mando y del peligro muchos de los jefes republicanos comprendian su situacion y no ignoraban la opinion del público. Sentíanse aislados y con frecuencia despreciados en medio de su poder y sabido es que no hay poder que consuele del aislamiento ni que haga mirar con indiferencia el desprecio. Deseaban con ansia autorizar su denominacion con otros títulos que los de la guerra civil y el regicidio y elevarse, por medio de algun acto grade y nacional, al nivel de su fortuna. Con este objeto meditaban y preparaban en lo interior muchas reformas en la parte judicial y administrativa; pero sus planes mas importantes, aunque de un mérito bastante dudoso en si mismo, eran enérgicamente rechazados por muchos de los hombres notables del partido, porque tal vez comprendian que lejos de despejar aquellos proyectos la situacion de la república, no habrian hecho mas que crear nuevos obstáculos facilitando el acceso á los sectarios y á los niveladores.

Desengañados los jefes republicanos de que ninguna medida en el régimen interior podia darles el prestigio que les hacia falta fijaron su pensamiento en lo exterior. No era mucho el esfuerzo que tenían que hacer ni el peligro á que se aventuraban para sostener en sus relaciones con los demás gabinetes europeos la dignidad é intereses de su patria. El tiempo de las guerras religiosas habia ya pasado, el de las guerras políticas aun no habia venido. Ninguno de los grandes gobiernos europeos, por muy odiosa que le fuera la nueva república pensaba atacarla, antes por el contrario todos solicitaban su amistad para privar de ella á sus rivales, ó para convertirla en provecho propio. La simple neutralidad aseguraba á Inglaterra paz, completa independencia por lo tocante á sus negocios interiores y grande influencia en los del continente; pero eso no contentaba á los jefes del partido republicano.

Hallábanse en presencia de tres poderosos estados, de Francia, de España y de Holanda; los dos primeros, como católicos y monárquicos eran enemigos naturales mas ó menos retenidos ó disfrazados de la nueva república; pero el último, como protestante y republicano, debía sentirse inclinado á Inglaterra por todas las simpatías de la religion y la

libertad. Esta circunstancia dió lugar á que súbitamente naciera y fermentara una idea en la mente emprendedora y tumultuosa de aquellos hombres. ¿Por qué Inglaterra y Holanda no habian de unirse formando una sola y poderosa república cuya política y religion no tardarian en establecer su dominio en Europa?

Semejante proyecto no podia menos de ser muy satisfactorio para los espíritus piadosos, y proporcionar grande entretenimiento á los dominados de ambicion. Cuanta gratitud no dispensaria el pueblo ingles á los que tal aumento habrian sabido dar á su grandeza, y tal satisfaccion á su conciencia y á su orgullo. Sus resultados no podian menos de ser el olvido de la monarquía, la consolidacion de la república y la conversion del parlamento en un senado de reyes.

Dióse principio á la obra. Los jefes republicanos la acometieron desplegando todo su vigor: unos, poniendo en juego influencias indirectas y propagando en todos sentido su idea, y otros por medio de embajadas solemnes, y probando establecer las bases de la union futura de ambas naciones. Pero los sueños de las revoluciones son todavía mas vanos en lo concerniente á las relaciones exteriores que en el gobierno interior del Estado. Complacíanse los republicanos ingleses en no pensar que mediante aquella fusion la república de Holanda seria completamente absorbida por la inglesa, y que por lo tanto podria muy bien suceder que aquella no consintiera en la union.

Asi fue en efecto, pues ni aun se dignó admitir una insinuacion. Los republicanos holandeses, cuya constancia estaba ya probada por un siglo de penosos esfuerzos tenían demasiada altivez para no sacrificar su patria y sobrada cordura para no unir sus destinos á la utopia de una república naciente é insegura. La causa de los realistas ingleses tenía además simpatías en Holanda no solo por parte de la casa de Orange, sino entre el pueblo cuya equidad y buen sentido miraba con indignacion el asesinato de Carlos I y las extravagancias de los sectarios. El racional orgullo de Holanda desvaneci6 en un instante la fantasma que la orgullosa insensatez del parlamento anglicano habia intentado animar. Pero semejantes tentativas ni se hacen ni abortan impunemente.

Desde entonces urgieron entre ambos pueblos, naturalmente rivales, desconfianzas y celos profundos que enconaron el amor propio de los jefes, y produjeron ardientes enemistades. De aquí se originó brevemente la guerra: de manera que los grandes proyectos diplomáticos del parlamento protestante y republicano de Inglaterra no produjeron mas resul-

tado que un rompimiento y una lucha apasionada con el único Estado republicano y protestante que habia entre sus vecinos del continente.

Así es como los republicanos ingleses en lo interior y en lo exterior recibieron de los sucesos ó se dieron á sí mismos, á sus ideas y á sus esperanzas un triste y solemne mentis. Habian prometido libertad; ejercieron la tiranía; habian prometido la union y el triunfo del protestantismo en Europa; hicieron nacer la guerra en su mismo seno.

Vanamente aquel gobierno se prolongaba, ganaba batallas y abrumaba á sus enemigos: el instante de su consolidacion estaba muy remoto. La república y sus caudillos se desacreditaban y decian continuamente en medio de sus triunfos y de la sumision general de sus enemigos.

Un hombre, el principal autor del suplicio de Carlos I y del establecimiento de la república, Cromwell habia presentado su resultado y se preparaba á convertirlo en provecho suyo. Despues de la muerte del rey y de la proclamacion de la república se habia verificado una metamorfosis prodigiosa, pero natural en el carácter de aquel hombre. Impelido hasta entonces por sus pasiones de sectario y ambicioso contra los enemigos de su fé y los obstáculos de su fortuna se habia dedicado enteramente á destruirlos. Mas así que la obra de destruccion fue consumada se sintió estimulado de una nueva necesidad. La revolucion estaba ya hecha; preciso era rehacer el gobierno. La Providencia que rara vez concede á un solo hombre el duplicado poder de destruir y edificar habia dado á Cromwell disposiciones para ambas cosas: terminó su papel de revolucionario apareció en la escena con el carácter de Dictador.

Al mismo tiempo que su espíritu grande y perspicaz comprendia aquella necesidad dominante de la nueva situacion, Cromwell echó de ver que el gobierno que intentaban establecer no llegaría á conseguir su objeto. Fijó una penetrante mirada en las instituciones y en los hombres y al no ver unidad, ni elementos de consolidacion, ni porvenir en las primeras, dedujo que el seno del poder tendria que verse desgarrado por la guerra intestina y por continuas incertidumbres. Al observar las mezquinas y quiméricas aspiraciones de aquellos hombres, y sus pasiones miserables y ciegas comprendió tambien la incesante lucha revolucionaria entre el poder y la nacion: el buen sentido de Cromwell midió rápidamente y se sonrió del parlamento y de sus jefes que se erguan á manera de soberanos. Un gobierno poderoso y normal no podia nacer de tales antecedentes.

Desde entonces Cromwell no se preocupó sino de una sola idea que

fue la de no asociarse ni á la política ni al destino de tales hombres, ni de tales instituciones; mantenerse lejos de sus errores y contratiempos; separarse en una palabra del parlamento, mas sin dejar por eso de servirle.

Separarse era poco; Cromwell necesitaba ir creciendo en tanto que los demás se gastaban; previendo la ruina del parlamento y de sus jefes, determinado á no volver á caer con ellos, queria elevarse sobre su ruina.

Los grandes hombres de accion no organizan anticipadamente ni con todos sus detalles el plan que se proponen seguir. Su talento depende, si así puede decirse, de su instinto y de su ambicion. Cada dia, cada nueva circunstancia les traen á su vista los sucesos tales como son en realidad y les dejan vislumbrar el camino que les indican, y las probabilidades que por aquel camino pueden prometerse. Con estos antecedentes se lanzan por la nueva senda marchando siempre bajo una misma luz y llegando á la distancia que les permite el nuevo horizonte que se abre delante de ellos. Cromwell se encaminaba á la dictadura sin saber á que precio podria llegar á ella, ni en donde se detendria; pero seguia marchando constantemente.

El parlamento mismo vino á ofrecerle la situacion aislada, y agena del poder reinante quo Cromwell deseaba. La presencia de Cromwell en Lóndres incomodaba á los intrigantes: pidiéronle que fuese á tomar el mando del ejército que debia pacificar la Irlanda, insurreccionada en todos sus puntos en favor de Carlos Estuardo, ó hablando con mas propiedad contra el parlamento. Cromwell se hizo rogar. Fue preciso concederle cuanto pidió, primero para sus muchos amigos por los cuales se tomaba grande interés y luego para él mismo. Exigia considerables y seguros medios para conseguir buen resultado, tropas bien equipadas, brillantes honores y un poder indisputable. A fin de que partiera cuanto antes, el parlamento le concedió cuanto quiso pedir. Su partida fue solemne y magnífica. Predicáronse muchos sermones profetizando y pidiendo á Dios el triunfo de sus armas. El mismo Cromwell usó de la palabra y oró en público tomando de la Biblia alusiones llenas de entusiasmo respecto de la guerra que iba á emprender. Finalmente salió de Lóndres rodeado de una numerosa guardia compuesta de oficiales espléndidamente equipados. En Bristol, donde se detuvo antes de embarcarse fue objeto de la curiosidad de toda la gente de las poblaciones inmediatas que corrió presurosa á verlo. Por su parte nada omitió, nada le faltó para exitar entusiasmo y dejar grata impresion al alejarse de la vista del público.

Cromwell deseaba someter la Irlanda pero contaba con que esta sumision habia de hacerle dueño de Inglaterra. Allí al encontrarse en presencia de una raza y una religion enemigas, despreciadas y aborrecidas del pueblo ingles hizo la guerra á todo trance degollando, despojando y espulsando á los irlandeses, no arredrándose ni por crueldades en el campo, ni por mentiras en el parlamento, encubriendo todos sus actos con la palabra necesidad, y hallándose dispuesto á creerlo para conseguir mas pronto la victoria.

No tardaron los ventajosos resultados de sus armas y la celebridad de su nombre en inspirar recelos al parlamento. Cromwell se hizo el objeto de todas las conversaciones: el pueblo hablaba de él para admirarlo, y los que se preciaban de políticos para penetrar su conducta y hacer conjeturas sobre el porvenir. En Escocia creyeron que Cromwell no era á Dublin sino á Edimburgo á donde iba á conducir su ejército, y toda la poblacion se conmovió con semejante noticia. Otros decian que á su regreso de Irlanda meditaba ir á Francia con un objeto ignorado de todo el mundo. Hubo folletos recogidos cuyo titulo era: *Carácter del rey Cromwell*. Llegaba por último su celebridad al punto aquel en que las mas frívolas circunstancias, los pasos mas insignificantes del hombre que se engrandece escitan la curiosidad del pueblo y los recelos de sus rivales. Creyeron los intrigantes del parlamento poder aprovecharse de la circunstancia de haber tomado Cromwell cuarteles de invierno en Dublin para volverlo á traer á Lóndres. El general ni obedeció, ni siquiera se dignó contestar: púsose bruscamente en campaña, prosiguió su obra de destruccion en Irlanda, y no quiso volver á Inglaterra sino despues que los nuevos y graves peligros de la república le abrieron nuevas perspectivas de independencia y de grandeza.

La Escocia habia vuelto á llamar á Carlos Estuardo. La república y la monarquía iban á encontrarse otra vez de frente. La república necesitaba el brazo de un caudillo que ya se hubiera medido con el de los realistas. El parlamento trató de conferir aquel poder salvador á dos hombres á un mismo tiempo: nombró á Fairfax y á Cromwell; mas habiendo el primero rehusado tuvo que conferírsele por completo á Cromwell sintiendo darle á conquistar un reino para salvar la república.

Cromwell se comportó en Escocia de un modo muy diverso que en Irlanda. Cuanto mas violento, duro é inexorable habia sido con los católicos irlandeses, tanto mas moderado, tolerante y benigno fue con los protestantes de Escocia. Aquí encontró alrededor y hasta en el seno

del partido realista disensiones profundas: presbiterianos mas fanáticos que realistas, y que no servian la causa del trono sino con desconfianzas y restricciones infinitas; sectarios tan ardientes y democráticos como los mismos ingleses, llenos de simpatías hácia Cromwell y sus soldados, y mas dispuestos á servirle que á luchar contra él. Cromwell supo dirigir bien y explotar esas disposiciones, y al paso que hacia la guerra al ejército del rey, dispensaba mil consideraciones al país, trataba separadamente con los jefes de quienes sabia que le profesaban alguna simpatía, se ponía en relaciones y disputaba sobre religion con los teólogos escoceses y con su habilidad en complacer dejaba honda y favorable impresion cuando no conseguia convencer ó seducir. De esta manera hacia marchar los asuntos de Escocia ganando cada dia terreno por las armas, y captándose mañosamente voluntades, cuyo resultado era la adquisicion de fortalezas, plazas y jefes que desertaban del partido del rey. Carlos se veia constantemente observado, estrechado y no tardó en verse completamente circuido. En esa situacion tomó con el arrebato propio de la juventud una resolucion tan estrepitosa, como desesperada: púsose rápidamente en marcha con todo su ejército hácia Inglaterra dejando la Escocia en manos de Cromwell y determinado á tentar en el corazon de la república la suerte de la monarquía. Aun no habia pasado un mes desde que Carlos y su ejército escocés habian puesto el pié en Inglaterra cuando Cromwell los habia alcanzado, vencido y dispersado en Worcester donde Carlos acababa de hacerse proclamar rey. De allí á poco Carlos andaba errante de asilo en asilo, cambiando de disfraz á cada punto y buscando una nave que le trasportara fuera de Inglaterra y Cromwell entraba triunfante en Lóndres, rodeado de los miembros del parlamento, del consejo de Estado, de la municipalidad de Lóndres y de un inmenso gentío, que le aclamaba su libertador.

La alegría que viene en pos de un temor grande sofoca por un momento toda rivalidad y todo odio. El parlamento colmó á Cromwell de favores: señalósele una cuantiosa dotacion en bienes territoriales, se le dió el palacio de Hamptoncourt para que fijara en él su residencia y los mas desconfiados se esforzaron en prodigarle señales de su gratitud y deferencia. El entusiasmo del pueblo republicano era mas sincero y valia mas. Las revoluciones que han derribado antiguas grandezas se manifiestan solícitas y orgullosas en erigir otras nuevas: créense seguras y con títulos que justifican su orgullo al verse consagradas en aquellas nuevas imágenes de gloria con las cuales les parece satisfacer los daños que en la